

## ALEJO CARPENTIER Y LA HABANA:

### EN BUSCA DE LA IDENTIDAD

(Ponencia presentada el 26-VII-2014 en la I Jornada Carboneras Literaria)

Por Rosario Curiel

Habitar una ciudad equivale a establecerse como significado dentro de ella. Novelar una ciudad es convertirse en cronista de un espacio y un tiempo en el que vivir juntos genera un laberinto de espejos en el que reflejarse, puesto que es el lugar que compartimos con los otros.

Alejo Carpentier (1904-1980) habitó La Habana y noveló La Habana. Podrían haber sido experiencias disímiles (o disémicas), pero en su caso no fue así. Carpentier se consideraba un escritor-ciudadano, un cronista de su tiempo, de un tiempo en el que el novelista ya había perdido el dominio del «epos» técnico: ante la imposibilidad de comprender a fondo la técnica de, por ejemplo, un avión a reacción, Alejo Carpentier se aprestó a convertir la experiencia de escribir en ser testigo de los diferentes contextos (en la estela de Sartre) que in-formaban al ser humano de su tiempo, y, en concreto, al ser latinoamericano de su tiempo.

Alejo Carpentier define qué son los contextos en su ensayo *Problemática de la actual novela latinoamericana* (1964)<sup>1</sup>: hacen referencia a realidades sociales, económicas, telúricas, políticas, ideológicas, etc. Menciona, en particular, el contexto ctónico, el que se refiere a la historia cultural; a este contexto corresponden *supervivencias de animismo, creencias, prácticas muy antiguas (...) esencias culturales remotas cuya existencia se vincula con lo universal-sin tiempo...* (p. 130). El contexto ctónico será la base de su óptica «maravillada», de la que hablaremos más adelante.

---

<sup>1</sup> Alejo Carpentier: *Problemática de la actual novela latinoamericana* (1964), ensayo publicado en *Tientos y diferencias* (Ed. Arca, Montevideo, 1967).

Hijo de un choque de culturas, de un mestizaje en el que lo latinoamericano se transforma en oxímoron, Alejo Carpentier era bien consciente de que lo americano dejó de existir como tal con la conquista de América. Allí fueron los contenidos de una cultura europea en crisis (¿cuándo ha dejado de estar en crisis lo europeo?) y se impusieron por la fuerza a culturas milenarias. El problema de la identidad latinoamericana (ni precolombina ni europea, sino criolla) venía servido a través de una relación conflictiva con el Viejo Continente y de una necesidad de redefinirse. El artista latinoamericano tenía, para Carpentier, la obligación de definir su identidad: una identidad nómada, fraguada entre un mundo viejo y otro nuevo. Una identidad siempre en tránsito entre espacios y culturas. En la obra carpenteriana, esta identidad nómada se construye en el viaje continuo de todos los protagonistas de sus novelas (siempre entre un 'aquí-ahora' mejorable y un 'allá-entonces' casi utópico), eco y reflejo de la propia trayectoria del escritor y, curiosamente, de sus crónicas habaneras incluidas en textos ensayísticos y narrativos.

La Habana en la obra de Alejo Carpentier es un verdadero organismo que evoluciona según los avatares históricos: es lugar de nacimiento de lo afrocubano (*Ecue-Yamba-O!*, 1927) y cuna de revoluciones en sus novelas *El siglo de las Luces* (1962) y en *La Consagración de la Primavera* (1978); lugar de mestizajes (toda buena revolución se cuece primero con una buena dosis de mestizaje racial y cultural) y ejemplo de vitalidad histórica frente a la decadencia spengleriana de Venecia y del misterio fabricado de París. La Habana también es lugar de experiencias vitales: en ella se cocerá su adhesión al grupo minorista en 1923, su posterior filiación marxista y su lucha revolucionaria. Pero, sobre todo, La Habana es el microcosmos latinoamericano novelado: en ella, a pesar de su actual decadencia arquitectónica, vio Carpentier el alba de un Nuevo Mundo. El mundo en el que el hombre iba a pasar de la soledad a la solidaridad. La cuna del nuevo ser humano. Aunque haya quien tenga la tentación de ver en la evolución carpenteriana solo la estela de un marxismo más o menos ingenuo, debemos pensar que la reflexión latinoamericanista de Carpentier y, sobre todo, su reflexión habanera, beben de la fuente (de la ética) más humana: la necesidad de ser mejores.

Desde el punto de vista biográfico, se creyó durante mucho tiempo que Alejo Carpentier había nacido en La Habana, pero el reciente descubrimiento de su partida de nacimiento en Lausana nos arroja el dato de que nació en Suiza en 1904 y se desplazó a La Habana con sus padres hacia 1908 o 1909. La vida de Carpentier transcurre hasta los once años entre colegios habaneros que no habían abandonado la visión histórica colonial del siglo XIX. De los once a los diecisiete años vivirá en el campo, en una finca no lejos de La Habana. Parece ser que la mala salud del pequeño Alejo (sufría fuertes crisis asmáticas) y la deficiente enseñanza impartida por los colegios habaneros serán la razón por la cual el padre de Carpentier decidió el traslado fuera de la ciudad. Su padre, entonces, guiará sus lecturas (Baroja, Galdós, Anatole France, Salgari...) y su madre su educación musical. En el campo, Carpentier convive con la miseria de los campesinos: él mismo llegó a decir que era «un mal sueño, oscuro y desagradable». En 1921, Carpentier abandona el campo y vuelve a La Habana para estudiar arquitectura (siguiendo la tradición familiar, puesto que su padre era arquitecto): por entonces, encontrará una capital sumida en la crisis económica generada por el monocultivo de azúcar impuesto por Estados Unidos y por el robo del tesoro a manos de políticos arribistas. La sociedad se hallaba sumida en un descreimiento que llevaba a los intelectuales a formularse la siguiente dicotomía: el compromiso o la evasión. La nueva hornada de escritores, entre los que se contará Carpentier, optará por el compromiso y por el paso de la vía mística idealizante, ascendente, en busca de la belleza, hacia la vía cívica, hacia la contemplación y la reflexión de la ciudad en un camino de éxtasis (un salir de sí) descendente y épico (relacionado con el «epos» colectivo) que irá buscando desatarse del credo estético modernista, en el que el artista se superpone a las gentes en gesto soberbio y aislante, para llegar al compromiso con la praxis que acerca al autor a la definición de la identidad humana: una identidad, en este caso, mestiza y conflictiva, una identidad que solo se define en el traslado de un yo a otro yo; un yo nómada que se redefine en el vivir juntos de la ciudad.

El compromiso político con lo habanero, con lo cubano, con lo social, llevará a Carpentier a la cárcel (lo acusan de 'comunista' a raíz de su firma del Manifiesto Minorista en 1927). Una huida rocambolesca de La Habana hacia París en 1928 llevará a nuestro autor a conocer el surrealismo y, por supuesto, la capital francesa: allí se

fraguarán las diferencias entre París y La Habana que más tarde plasmará en boca de su personaje Enrique, protagonista de *La Consagración de la Primavera*. Frente al surrealismo, es consciente de su visión latinoamericana y, tras un paso por la España en guerra (fue en 1937, para asistir al II Congreso de Escritores Antifascistas que tuvo lugar en Valencia del 4 al 11 de julio), vuelve en 1939 a La Habana. En su ensayo *La Habana vista por un turista cubano* (aparecido en la Revista *Carteles*, en 1939) encontramos el giro que va a tomar su visión sobre la ciudad:

*Once años de ausencia confieren, indiscutiblemente al regresar a la patria un alma de turista a quien ha estado alejado de ella durante tanto tiempo... Se sitúa uno ante las cosas propias –ante aquellas que sirvieron de marco a la infancia y de complemento a los sueños de la adolescencia- con ojos nuevos y espíritu virgen de prejuicios.*

(...)

*Ahora, turista en mi propia tierra, aprendo a considerar La Habana con un respeto ajeno a todo sentimiento íntimo y personal de cariño. Me maravillo ante su multiplicidad, ante la diversidad de la gente que la puebla, ante su pintoresquismo de buena ley.*

(...)

*Confieso que esta vez La Habana me ha revelado cosas que yo no había visto o «no había sabido ver» hace once años.<sup>2</sup>*

Es el viaje lo que cambia la óptica de Carpentier. El detonante del cambio. Como dice el personaje del Indiano en su novela *Concierto barroco* (1974)<sup>3</sup>: *A veces es necesario alejarse de las cosas, poner un mar de por medio, para ver las cosas de cerca* (p. 113).

---

<sup>2</sup> Alejo Carpentier: *La Habana vista por un turista cubano*, en su volumen *Conferencias* (Ed. Letras Cubanas, 1987). Pp. 181 y 182.

<sup>3</sup> Alejo Carpentier: *Concierto barroco* (Ed. Letras Cubanas, 1987).

El reencuentro con su ciudad es homónimo al que narra Enrique en *La Consagración de la Primavera*<sup>4</sup>:

*Y fue mi deslumbramiento ante una ciudad redescubierta, vista con ojos nuevos, con mirada capaz, ahora, de establecer nuevas escalas de valores, de comparar, sopesar, desentrañar (...), alcanzar el hondón de las cosas (...) hallándome a mí mismo tras de largo extravío. (p. 203)*

Dejando a un lado los viajes a Venezuela (1945-1959), que completaron su visión de América, Alejo Carpentier define su ser habanero ya desde esa vuelta a Cuba. La Habana se configura como el eje de los tres pilares de su identidad latinoamericana a través de tres elementos: lo real-maravilloso, el barroco y el tiempo.

1. **Lo real-maravilloso**, lejos del misterio fabricado del surrealismo, refulge ante los ojos estupefactos del que vuelve de la Europa sumida en la decadencia a causa de la Guerra Mundial. La palabra, en este punto, es **deslumbramiento**: *Me detenía, atónito, ante un viejo palacio colonial que me hablaba por todas sus piedras, ante la gracia de una cristalería polícroma que me arrojaba sus colores a la cara, ante la salerosa inventiva de una reja un tanto andaluza en cuyos enrevesamientos descubría yo algo como los caracteres de un alfabeto desconocido, portador de arcanos mensajes. Una repentina emoción me suspendía el resuello al sentir la llamada de una fruta, la musgosa humedad de un patio, la salobre identidad de una brisa, la ambigua fragancia del azúcar prieta (ibid.)*

La sorpresa del reencuentro produce en la conciencia de Enrique-Carpentier un proceso de **anagnórisis**: el proceso de descubrir-se, de re-conocer-se. La visión de las maravillas habaneras, nos dice, *me conmovían indeciblemente, resucitando en mi memoria decenas de personajes ausentes/presentes (ibid., p. 203.)*. Seguimos ahora al protagonista de *La Consagración de la Primavera*, alter ego de Alejo Carpentier, cuando nos habla del mar Caribe que baña la bahía de La Habana. Veamos cómo lo personifica y lo convierte en un espacio escénico:

---

<sup>4</sup> Alejo Carpentier: *La Consagración de la Primavera* (Siglo XXI Editores, México, 1986<sup>48</sup>).

*Era aquel un lugar único, único lugar en donde en todo momento podía asistirse a un siempre renovado espectáculo de furias oceánicas, juegos de olas, embestidas de fondo, alzamiento de espumas, o bien (...), aplacadas las aguas, se ofrecían visiones de ondeada placidez en verde mayor, calma casi lacustre, invitaciones a la barca y al remo, en prodigiosas luminotecnias de alba, media mañana, plena luz del arriba, reflector lateral, amarillos del atardecer, candilejas distantes, oblicuas proyecciones en rojo y violado sobre un fondo ahondado en sombras que anunciaban el gran telón estrellado de la noche (p. 208).*

Dirigiendo la mirada en sentido ascendente, aparecen las nubes para delimitar el espacio y Enrique-Carpentier las opone a las nubes domadas de la Europa decadente, nubes que parecen allá surgidas de las manos de Tiépolo, de los maestros flamencos, de los pintores impresionistas, de Rembrandt. Las nubes habaneras eran *antojadizas y volubles, rechazaban toda clasificación. Si eran cirros, cúmulos o nimbos, lo eran sin saberlo y sin quererlo saber. Estaban en el cielo por su real/tropical antojo* (p. 208).

La visión de La Habana desata, a su vuelta, una mirada maravillada que intenta definir la nueva realidad. La Habana también es, para Carpentier, el lugar donde triunfa la Revolución, el lugar en donde encuentra, según sus propias palabras, su «razón de ser». Es el Mundo Mejor, el lugar en donde consagrarse a la Tarea de convertir la soledad en la solidaridad. Es un lugar de mestizaje cultural que ofrece a la óptica maravillada carpenteriana la visión de Latinoamérica como un espacio barroco.

2- El Nuevo Mundo es una **realidad barroca** en la que encontramos:

*Huasos, cholos y huachinangos, negros, prietos y gentiles, serranos, calentarios, indígenas, gente de color, morenos, mulatos y zambos, blancos porfiados y patas amarillas, tercerones, cuarterones, quinterones y saltatrás...*  
(p. 213)

Toda esta mezcla se resume en el vocablo **criollo**, que viene a ser la esencia de lo humano. La Habana es la cuna por excelencia de lo criollo, que abarca tanto a las

pieles más claras como a las más oscuras. En La Habana de *La Consagración de la Primavera* tiene una presencia especial el criollo que desciende del esclavo cimarrón, del esclavo fugitivo que acabará llevando la Revolución en la sangre. En La Habana convergen la historia y el mito en un mismo espaciotiempo.

3- El tiempo verifica la confluencia de **Historia y Mito**. Como ciudad revolucionaria, La Habana se hermana y a la vez se opone a París. Si París es La Ciudad de Los Balcones Desiertos (p. 68), La Habana es La Ciudad de las Columnas<sup>5</sup>. Enrique-Carpentier juzga el balcón un elemento inútil frente a la capacidad de las columnas para crear espacio. La abundancia de las columnas delimita el espacio revolucionario habanero, identificada en último extremo con la Ciudad Vieja habitada por gente humilde (por el proletariado). De este espacio nacen la mayoría de las crónicas elaboradas por Carpentier en sus textos, en donde los tipos habaneros aparecen reivindicados como esencia de lo que es ser humano.

*En todos los tiempos fue la calle cubana bulliciosa y parlera, con sus responsos de pregones, sus buhoneros entrometidos, sus dulceros anunciados por campanas mayores que el propio tablado de las pulpas, sus carros de frutas, empenechados de palmeras como procesión en Domingo de Ramos, sus vendedores de cuanto cosa pudieron hallar los hombres, todo en una atmósfera de sainete a lo Ramón de la Cruz antes de que las mismas ciudades engendraran sus arquetipos criollos, tan atractivos ayer en los escenarios de bufos, como, más tarde, en la vasta imaginaria -mitología- de mulatas barrocas en genio y figura, negras ocurrentes y comadres presumidas, pintiparadas, culiparadas, paradas en regateos de lucimiento con el viandero de las cestas, el carbonero de carros entoldados a la manera goyesca, el heladero que no trae sorbetes de fresa el día en que sobran los mangos, o aquel otro que eleva, como el Santísimo, un mástil erizado de caramelos verdes y rojos para cambiarlos por botellas. Y, por lo mismo que la calle cubana es parlera, indiscreta, fisgona, la*

---

<sup>5</sup> Carpentier escribió un ensayo en 1964 con este nombre.

*casa cubana multiplicó los medios de aislarse, de defender, en lo posible, la intimidad de sus moradores.*<sup>6</sup>

En su ensayo *La ciudad de las columnas* (1964), Carpentier nos inicia en la visión de La Habana con una cita de Humboldt:

*El aspecto de La Habana, cuando se entra en su puerto (...) es uno de los más rientes y de los más pintorescos que puedan gozarse en el litoral de la América equinoccial, al norte del ecuador. (p. 7)*

La sensación no es agreste como en otras zonas, sino tranquila:

*Solicitado por tan suaves impresiones, el europeo se olvida del peligro que le amenaza en el seno de las ciudades populosas. (ibid.)*

Es una ciudad mal trazada, dice el arquitecto Carpentier (también lo dirá su alter ego Enrique en *La Consagración de la Primavera*), lejos de cualquier instinto urbanista, pero, con todo, sus calles brindan una sensación de paz y de frescor que *difícilmente hallaríamos en donde los urbanistas conscientes ejercieron su ciencia* (p. 13). Dice Carpentier:

*La vieja ciudad, antaño llamada 'de intramuros', es ciudad en sombras, hecha para la explotación de las sombras (ibid.)*

Es una ciudad poblada por un estilo sin estilo que es epifanía del espíritu criollo y está marcada por *una de las más singulares constantes del estilo habanero: la increíble profusión de columnas, en una ciudad que es emporio de columnas, selva de columnas, columnata infinita, última urbe en tener columnas en tal demasía* (p. 26).

Se dice que un paseante puede recorrer La Habana desde el puerto hasta las afueras de la ciudad siguiendo una misma y siempre renovada columnata en la que se mezclan todos los estilos, desde las de inspiración griega hasta las inspiradas en la Gran Vía de Madrid, sin olvidar las modernistas venidas de Cataluña o el *modern style* parisino.

---

<sup>6</sup> Alejo Carpentier: *La ciudad de las columnas* (Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1982). Pp. 37 y 42.

Hecho el recuento de columnas, Alejo Carpentier pasa revista a las rejas y los guardavecinos, a los barroquismos interiores de las casas en donde se multiplican las mamparas, que rompen con cualquier peligro de incomunicabilidad de los habitantes habaneros, o de la profusión de cristales que tamizan los rayos del sol y a la vez dejan ver la vida en esa ciudad de la luz caribeña donde la proliferación de columnas es un reflejo del vivir juntos en comunidad, en unión. Columnas que repiten, en murmullo de sombras, el asombro perpetuo de sus moradores ante la vida (de una ciudad) a prueba de ruinas y ciclones. Una vida que, a ojos de Alejo Carpentier, ha pasado de la soledad a la solidaridad, parábola de la utopía del vivir juntos que, hoy en día, resulta difícil detectar en nuestras urbes actuales.

Dicho todo lo anterior, y para concluir, podemos preguntar:

¿QUÉ REPRESENTA, EN SUMA, LA HABANA PARA ALEJO CARPENTIER?

La Habana es el lugar que le dio su verdadera Razón de Ser: el lugar que lo convirtió en Cronista de su Tiempo. El que hizo de él un escritor-ciudadano que utilizaba la escritura como medio de acción social para intentar hacer del mundo un Lugar Mejor.